

va á ser eclesiástico, para subir al púlpito y echar sus sermoncitos y decir sus misitas? Entonces estaremos todos hechos unos carcamales, y el día que Luisín cante misa, nos pondremos allí de rodillas para que el cleriguito nuevo nos eche la bendición. Y el que estará más humilde y cayéndosele la baba será este zángano, ¿verdad? Y tú le dirás: «Papá, ya ves como al fin has llegado á creer».

— ¡Qué guapo es este hijo y qué talento tiene! — dijo Víctor, levantándose gozoso y besando al pequeño, que escondía la cara para rehuir el halago. — ¡Si le quiero yo más!... Te voy á comprar un velocípedo para que pasees en la plazuela de enfrente. Verás qué envidia te van á tener tus compañeros.

La promesa del velocípedo trastornó por un momento las ideas del pequeño, quien calculó con rudo egoísmo que sus deseos de ser cura y de servir á Dios y aun de llegar á santo no estaban reñidos con tener un velocípedo precioso, montarse en él y pasárselo por los hocicos á sus compañeros, muertos de dentera.

XXVIII

Á la mañana siguiente, Villaamil celebró con su mujer, cuando ésta volvió de la compra, una conferencia interesante. Estaba él en su despa-

cho escribiendo cartas, y al sentir entrar á su costilla, siseó con misterio, y encerrándose con ella, le dijo: «De esto, ni una palabra á Víctor, que es muy perro y me puede parar el golpe. Aunque yo nada espero, he dado ayer algunos pasos. Me apoya un diputado de mucho empuje... Hablamos anoche largamente. Te diré, para que lo sepas todo, que me presentó á él mi amigo La Caña. Le relaté mis antecedentes, y se admiró de que me tuvieran cesante. Así como quien no quiere la cosa, le expuse mis ideas sobre Hacienda, y mira tú qué casualidad: son las mismas que tiene él. Piensa igualito que yo. Que deben ensayarse nuevas maneras de tributación, tirando á simplificar, apoyándose en la buena fe del contribuyente y tendiendo á la baratura de la cobranza. Pues prometió apoyarme á rajatabla. Es hombre que vale mucho y parece que no le niegan nada.

— ¿Es de oposición?

— No; ministerialísimo, pero disidente, ahí está el chiste, y cada día le da una desazón al Gobierno. Vale, vale. Y es de estos que no se ocupan más que del bien del país. Cuando se levanta á hablar, el banco azul tiembla. Como que les prueba, *ce por be*, que el país corre á la perdición si siguen las cosas como van, y que la agricultura está arruinada, la industria muerta y la nación toda en la más espantosa miseria. Esto salta á los ojos. Pues el Gobierno, que ve

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO G. GIL"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

en él su acusador, le tiene un miedo, hija, un canguelo tal, que cosa que él pida es otorgada. Saca las credenciales á espuertas... Bueno; hemos quedado en que yo le avisaría si se hace hoy una vacante que me indicaron Sevillano y Pantoja. Voy al Ministerio en cuanto almuerce, me entero de si hay ó no la vacante, y como la haya, le escribo á su casa ó al Congreso, según la hora. Me ha dado palabra de hablar esta tarde al Ministro, el cual le está agradecidísimo, por haber renunciado á explanar una interpelación sobre cierta contrata en que hay sapos y culebras. Ya se ve, el Ministro le daría hoy el arpa de David si se la pidiera. ¿Te vas enterando?

— Sí, hombre, sí (radiante de satisfacción); y me parece que lo que es ahora, no hay quien nos quite el bollo.

— ¡Oh! lo que es confianza, lo que se llama confianza, yo no la tengo. Ya sabes que me pongo siempre en lo peor. Pero vamos á hacer nuestro plan: Yo al Ministerio. Que Luis no vaya á la escuela esta tarde, y que espere aquí, porque con él le tengo que mandar la carta. No le veré yo mismo, porque Víctor se ha empeñado en que visitemos juntos esta tarde al Jefe del Personal. Quiero ir con él para despistarle. ¿Entiendes? Cuidado como le dejas entender á ese pillito de dónde sopla ahora el viento.

Levantándose excitadísimo, se puso á dar paseos por el angosto aposento. Su mujer, gozosa,

le dejó solo, y á pesar de la reserva que se impuso, su hija y hermana le conocieron en la cara las buenas nuevas. Era de esas personas que atesoran en sí mismas un arsenal de armas espirituales contra las penas de la vida y poseen el arte de transformar los hechos, reduciéndolos y asimilándose los en virtud de la facultad dulcificante que en sus entrañas llevan, como la abeja, que cuanto chupa lo convierte en miel.

Para Cadalsito fué aquel día de huelga, pues por la mañana, según disposición del maestro, debían ir todos al sepelio del malogrado *Posturitas*. Y uno de los designados para llevar las cintas del féretro era Luis, á causa de ser tal vez el que mejor ropa tenía, gracias á su papá Víctor. Su abuela le puso los trapitos de cristianar, con guantes y todo, y salió muy compuesto y emperojilado, gozoso de verse tan guapo, sin que atenuara su contento el triste fin de tales composturas. La mujer del memorialista le hizo mil caricias encareciendo lo majo que estaba, y el niño se dirigió hacia la casa de préstamos, seguido de *Canelillo*, que también quiso meter su hocico en el entierro, aunque no era fácil le dieran vela en él. Al entrar en la calle del Acuerdo, se encontró Cadalso á su tía Quintina, que le llenó de besos, ensalzó mucho su elegancia, le estiró el cuerpo de la chaqueta y las mangas, y le arregló el cuello para que resultara más guapo todavía. «Esto me lo debes á mí, pues

le dije á tu padre que te comprara ropita. Á él no se le hubiera ocurrido nunca tal cosa; anda muy distraído. Por cierto, corazón, que estoy bregando ahora más que nunca con tu papá para que te lleve á vivir conmigo. ¿Qué es eso? ¿qué cara me pones? Estarás conmigo mucho mejor que con esas remilgadas *Miaus...* ¡Si vieras qué cosas tan bonitas tengo en casa! ¡Ay, si las vieras!... Unos niños Jesús que se parecen á tí, con el mundito en la mano; unos nacimientos tan preciosos, pero tan preciosos... tienes que verlos. Y ahora estamos esperando cálices chiquititos, custodias que son una una monada, casullas así... para que los niños buenos jueguen á las misas; santos de este tamaño, así, mira, como los soldados de plomo, y la mar de candeleros y arañitas que se encienden en los altares de juguete. Todo lo tienes que ver, y si vas á casa, puedes hacer con ello lo que quieras, pues es para tu diversión. ¿Irás, rico mío?»

Cadalsito, abriendo cada ojo con aquellas descripciones de juguetes sacros, decía que sí con la cabeza, aunque afligido por la dificultad de ver y gozar tales cosas, pues abuelita no le dejaba poner los pies allá. En esto llegaron á la puerta de la casa mortuoria, donde Quintina, después de besuquearle otra vez refregándole la cara, le dejó en compañía de los demás chicos, que ya estaban allí, alborotando más de lo que permitían las tristes circunstancias. Unos por

envidia, otros porque eran en toda ocasión muy guasones, empezaron á tomarle el pelo al amigo Cadalso por la ropa flamante que llevaba, por las medias azules y más aún por los guantes del mismo color, que, dicho sea entre paréntesis, le entorpecían las manos. No dejaba él que le tocasen, resuelto á defender contra todo ataque de envidiosos y granujas la limpieza de sus mangas. Tratóse luego de si subían ó no á ver á Paco Ramos muerto, y entre los que votaron por la afirmativa, se coló también Luis, movido de la curiosidad. Nunca tal hiciera.

Porque le impresionó tan vivamente la vista del chiquillo difunto, que á poco se cae al suelo. Le entró una pena en la boca del estómago, como si le arrancasen algo. El pobre *Posturistas* parecía más largo de lo que era. Estaba vestido con sus mejores ropas; tenía las manos cruzadas, con un ramo en ellas: la cara muy amarilla, con manchas moradas, la boca entreabierta y de un tono casi negro, viéndose los dos dientes de en medio, blancos y grandes, mayores que cuando estaba vivo... Tuvo que apartarse Luisín de aquel espectáculo aterrador. ¡Pobre *Posturas!*... ¡Tan quieto el que era la misma viveza, tan callado el que no cesaba de alborotar un punto, riendo y hablando á la vez! ¡Tan grave el que era la misma travesura y á toda la clase la traía siempre al retortero! En medio de aquel inmenso trastorno de su alma, que Luis no podía definir,

ignorando si era pena ó temor, hizo el chico una observación que se abría paso por entre sus sentimientos, como voz del egoísmo, más categórico en la infancia que la piedad. «Ahora — pensó — no me llamará *Miau*». Y al deducir esto, parecía quitársele un peso de encima, como quien resuelve un arduo problema ó ve conjurado un peligro. Al descender la escalera, procuraba consolarse de aquel malestar que sentía, afirmando mentalmente: «Ya no me dirá *Miau*... Que me diga ahora *Miau*».

Poco tardó en bajar la caja azul para ser puesta en el carro. En todos los balcones de la casa, sin exceptuar los del establecimiento de préstamos, se asomaron no pocas mujeres para ver salir el entierro. El cojo Guillén apareció con los ojos encendidos de llorar y la cara tan seria, que no se parecía á sí mismo. Él fué quien dispuso todo y distribuyó las cintas, confiándole una á Cadalso. Después se metió en el coche, donde iba también el maestro, con su bastón roto y su chistera lacia; el tendero vecino, con limpia camisa de cuello corto sin corbata, y un señor viejo á quien no conocía Cadalso. En marcha, pues, Luis pensó que su ropa daba golpe, y no fué insensible á las satisfacciones del amor propio. Iba muy consentido en su papel de portador de cinta, pensando que si él no la llevase, el entierro no sería, ni con mucho, tan lucido. Buscó á *Canelo* con la mirada; pero el sabio perro de Men-

dizábal, en cuanto entendió que se trataba de enterrar, cosa poco divertida y que sugiere ideas misantrópicas, dió media vuelta y tomó otra dirección, pensando que le tenía más cuenta ver si se parecía alguna perra elegante y sensible por aquellos barrios.

En el cementerio, la curiosidad, más poderosa que el miedo, impulsó á Cadalso á ver todo... Bajaron del carro el cadáver, le entraron entre dos, abrieron la caja... No comprendía Luis para qué, después de taparle la cara con un pañuelo, le echaban cal encima aquellos brutos... Pero un amigo se lo explicó. Cadalso sentía, al ver tales operaciones, como si le apretasen la garganta. Metía su cabeza por entre las piernas de las personas mayores, para ver, para ver más. Lo particular era que *Posturitas* se estuviese tan callado y tan quieto mientras le hacían aquella herejía de llenarle la cara de cal. Luego cerraron la tapa... ¡Qué horror quedarse dentro! Le daban la llave al cojo, y después metían la caja en un agujero, allá, en el fondo, allá... Un albañil empezó á tapar el hueco con yeso y ladrillos. Cadalso no apartaba los ojos de aquella faena... Cuando la vió concluída, soltó un suspiro muy grande, explosión del respirar contenido largo tiempo. ¡Pobre *Posturitas*! «Pues señor, á mí me dirán *Miau* todos los que quieran; pero lo que es éste no me lo vuelve á decir».

Quando salieron, los amigos le embromaron

otra vez por su esmerado atavío. Alguno dejó entrever la intención malévola de hacerle caer en una zanja, de la cual habría salido hecho una compasión. Varias manos muy puercas le tocaron con propósitos que es fácil suponer, y ya Cadalso no sabía qué hacerse de las suyas, apriionadas en los guantes, entumecidas é incapaces de movimiento. Por fin se libró de aquella apretura, quitándose los guantes y guardándolos en el bolsillo. Antes de llegar á la calle Ancha, los chicos se dispersaron y Luisito siguió con el maestro, que le dejó á la puerta de su casa. Ya estaba allí *Canelo* de vuelta de sus depravadas excursiones, y subieron juntos á almorzar, pues el can no ignoraba que había repuesto fresco de víveres arriba.

— ¿Y los guantes? — preguntó doña Pura á su nieto cuando le vió entrar con las manos desnudas.

— Aquí están... No los he perdido.

Villaamil, á eso de las tres, entró de la calle, afanadísimo, y metiéndose en su despacho, escribió una carta delante de su esposa, que veía con gusto en él la excitación saludable, síntoma de que la cosa iba de veras.

— Bueno. Que Luis lleve esta carta y espere la contestación. Me ha dicho Sevillano que tenemos vacante, y quiero saber si el diputado la pide para mí ó no. De la oportunidad depende el éxito. Yo estoy citado con Víctor, y para

desorientarle no quiero faltar... Es labor fina la que traigo entre manos, y hay que andar con muchísimo tiento. Dame mi sombrero... mi bastón, que ya estoy otra vez en la calle. Dios nos favorezca. Á Luis que no se venga sin la respuesta. Que dé la carta á un portero y se aguarde en el cuarto aquél, á la derecha conforme se entra. Yo no espero nada; pero es preciso, es preciso echar todos los registros, todos...

Salió Cadalsito á eso de las cuatro con la epístola y sin guantes, seguido de *Canelo* y conservando la ropita del entierro, pues su abuela pensó que ninguna ocasión más propicia para lucirla. No fué preciso indicarle hacia dónde caía el Congreso, pues había ido ya otra vez con comisión semejante. En veinte minutos se plantó allá. La calle de Florida-Blanca estaba invadida de coches que, después de soltar en la puerta á sus dueños, se iban situando en fila. Los cocheros de chistera galonada y esclavina charlaban de pescante á pescante, y la hilera llegaba hasta el teatro de Jovellanos. Junto á las puertas del edificio, por la calle del Sordo, había filas de personas formando cola, que los de Orden público vigilaban, cuidando de que no se enroscase mucho. Examinado todo esto, el observador Cadalsito se metió por aquella puerta coronada de un techo de cristales. Un portero con casaca le apartó suavemente para que entrasen unos señores con gabán de pieles, ante los cuales abría

la mampara roja. Cadalsito se encaró después con el sujeto aquel de la casaca, y quitándose la gorra (pues él, siempre cortés en viendo galones, no distinguía de jerarquías), le dió la carta, diciendo con timidez: «Aguardo contestación». El portero, leyendo el sobre: «No sé si ha venido. Se pasará». Y poniendo la carta en una taquilla, dijo á Luis que entrase en la estancia á mano derecha.

Había allí bastante gente, la mayor parte en pie junto á la puerta, hombres de distintas cataduras, algunos muy mal de ropa, la bufanda enroscada al cuello, con trazas de pedigueños; mujeres de velo por la cara, y en la mano enrollado papelito que á instancia trascendía. Algunos acechaban con airado rostro á los señores entrantes, dispuestos á darles el alto. Otros, de mejor pelo, no pedían más que papeletas para las tribunas, y se iban sin ellas por haberse acabado. Cadalsito se dedicó también á mirar á los caballeros que entraban en grupos de dos ó de tres, hablando acaloradamente. «Muy grande debe de ser esta casona — pensó Luis, — cuando cabe tanto señorío». Y cansado al fin de estar en pie, se metió para dentro y se sentó en un banco de los que guarnecen la sala de espera. Allí vió una mesa donde algunos escribían tarjetas ó volantes, que luego confiaban á los porteros, y aguardaban sin disimular su impaciencia. Había hombre que llevaba tres horas, y aun

tenía para otras tres. Las mujeres suspiraban inmóviles en el asiento, soñando una respuesta que no venía. De tiempo en tiempo abríase la mampara que comunicaba con otra pieza; un portero llamaba: «El señor Tal», y el señor Tal se erguía muy contento.

Transcurrió una hora, y el niño bostezaba aburridísimo en aquel duro banco. Para distraerse, levantábase á ratos y se ponía en la puerta á ver entrar personajes, no sin discurrir sobre el intríngulis de aquella casa y lo que irían á guisar en ella tantos y tantos caballetes.

El Congreso (bien lo sabía él) era un sitio donde se hablaba. ¡Cuántas veces había oído á su abuelo y á su padre: «Hoy habló Fulano ó Mengano, y dijeron esto, lo otro y lo de más allá. ¿Y cómo sería la casa por dentro? Gran curiosidad. ¿Cómo sería? ¿Dónde hablaban? Ello debía de ser una casa grandona como la iglesia, con la mar de bancos, donde se sentaban para charlar todos á un tiempo. ¿Y á qué era tanta habladuría? Pues también entraban allí los Ministros. ¿Y quiénes eran los Ministros? Los que gobernaban y daban los destinos. Igualmente recordó haber oído á su abuelo, en frecuentes ratos de mal humor, que las Cortes eran una farsa y que allí no se hacía más que perder el tiempo. Pero otras veces se entusiasmaba el buen viejo, elogiando un discurso de alboroto. Total,

que Luisín no podía formar juicio exacto, y su mente era toda confusión.

Volvió al banco, y desde él vió entrar á uno que se le figuró su padre. «¡Mi papá también aquí!» Y le franquearon la mampara como á los demás. Por poco sale tras él gritando: «Papá, papá», pero no hubo tiempo, y donde estaba se quedó. «¿Y será mi papá de los que hablan? Quien debía venir aquí á explicarse es Mendizábal, que sabe tanto, y dice unas cosas tan buenas...» En esto sintió que se le nublaban la vista, y le entraba el intenso frío al espinazo. Fué tan brusca y violenta la acometida del mal, que sólo tuvo tiempo de decirse: *que me da, que me da;* y dejando caer la cabeza sobre el hombro, y reclinando el cuerpo en la esquina próxima, se quedó profundamente dormido.

XXXIX

Por un instante, Cadalsito no vió ante sí cosa alguna. Todo tinieblas, vacío, silencio. Al poco rato aparecióse enfrente el Señor, sentado, ¿pero dónde? Tras de él había algo como nubes, una masa blanca, luminosa, que oscilaba con ondulaciones semejantes á las del humo. El Señor estaba serio. Miró á Luis, y Luis á él en espera de que le dijese algo. Había pasado mucho tiem-

po desde que le vió por última vez, y el respeto era mayor que nunca.

— El caballero para quien trajiste la carta — dijo el Padre, — no te ha contestado todavía. La leyó y se la guardó en el bolsillo. Luego te contestará. Le he dicho que te dé un sí como una casa. Pero no sé si se acordará. Ahora está hablando por los codos.

— Hablando — repitió Luis; — ¿y qué dice?

— Muchas cosas, hombre, muchas que tú no entiendes — replicó el Señor, sonriendo con bondad. — ¿Te gustaría á ti oír todo eso?

— Sí que me gustaría.

— Hoy están muy enfurruñados. Acabarán por armar un gran rebumbio.

— Y usted — preguntó Cadalso tímidamente, no decidiéndose nunca á llamar á Dios de *tú*, — ¿usted no habla?

— ¿Dónde, aquí? Hombre... yo... te diré... alguna vez puede que diga algo... Pero casi siempre lo que yo hago es escuchar.

— ¿Y no se cansa?

— Un poquitín; ¡pero qué remedio!...

— ¿El caballero de la carta contestará que sí? ¿Colocarán á mi abuelo?

— No te lo puedo asegurar. Yo le he mandado que lo haga. Se lo he mandado la friolera de tres veces.

— Pues lo que es ahora (con desembarazo), bien que estudio.

— No te remontes mucho. Algo más aplicado estás. Aquí, entre nosotros, no vale exagerar las cosas. Si no te distrajeras tanto con el álbum de sellos, más aprovecharías.

— Ayer me supe la lección.

— Para lo que tú acostumbras, no estuvo mal. Pero no basta, hijo, no basta. Sobre todo, si te empeñas en ser cura, hay que apretar. Porque figúrate tú, para decirme una misa has de aprender latín, y para predicar tienes que estudiar un sin fin de cosas.

— Cuando sea mayor lo aprenderé todito... Pero mi papá no quiere verme cura, y dice que él no cree nada de usted, ni aunque lo maten. Dígame, ¿es malo mi papá?

— No es muy católico que digamos.

— Y la Quintina, ¿es buena?

— La tía Quintina sí. ¡Si vieras qué cosas tan bonitas tiene en su casa! Debías ir á verlas.

— Abuelita no me deja (desconsolado). Es que á la tía Quintina se le ha metido en la cabeza que me vaya á vivir con ella, y los de casa... que nones.

— Es natural. Pero tú, ¿qué piensas de esto? ¿Te gustaría seguir donde estás y que te dejaran ir á casa de la tía para ver los santos?

— ¡Vaya si me gustaría!... Dígame, ¿y mi papá está aquí dentro?

— Sí, por ahí anda.

— ¿Y también él hablará?

— También. ¡Pues no faltaba más!...

— Usted perdone. El otro día dijo mi papá que las mujeres son muy malas. Por eso yo no quiero casarme nunca.

— Muy bien pensado (conteniendo la risa). Nada de casorios. Tú vas á ser curita.

— Y obispo, si usted no manda otra cosa...

En esto vió que el Señor se volvía hacia atrás como para apartar de sí algo que le molestaba... El chico estiró el cuello para ver qué era, y el Padre dijo: «¡Largo!; idos de aquí y dejadme en paz». Entonces vió Luisito que por entre los pliegues del manto de su celestial amigo asomaban varias cabecitas de granujas. El Señor recogió su ropa, y quedaron al descubierto tres ó cuatro chiquillos en cueros vivos y con alas. Era la primera vez que Cadalso les veía, y ya no pudo dudar que aquél era verdaderamente Dios, puesto que tenía ángeles. Empezaron á aparecerse por entre aquellas nubes algunos más, y alborotaban y reían, haciendo mil cabriolas. El Padre Eterno les ordenó segunda vez que se largaran, sacudiéndoles con la punta de su manto, como si fuesen moscas. Los más chicos revoloteaban, subiéndose hasta el techo (pues había techo allí, y los mayores le tiraban de la túnica al buen abuelo para que se fuera con ellos. El anciano se levantó al fin, algo contrariado, diciendo: «Bien; ya voy, ya voy... ¡Qué machacones sois! No os puedo aguantar». Pero esto lo

decía con acento bonachón y tolerante. Cadalsito estaba embobado ante tan hermosa escena, y entonces vió que de entre los alados granujas se destacaba uno...

¡Control! era *Posturitas*, el mismo *Posturas*, no tieso y lívido como le vió en la caja, sino vivo, alegre y tan guapote. Lo que llenó de admiración á Cadalso fué que su condiscípulo se le puso delante y con el mayor descaro del mundo le dijo: «*Miau*, fu, fu...» El respeto que debía á Dios y á su séquito no impidió á Luis incomodarse con aquella salida, y aun se aventuró á responder: «¡Pillo, ordinario... eso te lo enseñaron la puerca de tu madre y tus tías, que se llaman *las arpidas!*» El Señor habló así, sonriendo: «Callar, á callar todos... Andando...» Y se alejó pausadamente, llevándose los por delante, y hostigándoles con su mano como á una bandada de pollos. Pero el recondenado de *Posturitas*, desde gran distancia, y cuando ya el Padre celestial se desvanecía entre celajes, se volvió atrás, y plantándose frente al que fué su camarada, con las patas abiertas, el hocico risueño, le hizo mil garatusas, y le sacó un gran pedazo de lenguaza, diciendo otra vez: «*Miau*, *Miau*, fu, fu...» Cadalsito alzó la mano... Si llega á tener en ella libro, vaso ó tintero, le descalabra. El otro se fué dando brincos, y desde lejos, haciendo trompeta con ambas manos, soltó un *Miau* tan fuerte y tan prolongado, que el

Congreso entero, repercutiendo el inmenso matido, parecía venirse abajo...

Un portero con una carta en la mano despertó al chiquillo, que tardaba mucho en volver en sí. «Niño, niño, ¿eres tú el que ha traído la carta para ese señor? Aquí está la respuesta, Sr. D. Ramón Villaamil».

— Sí, yo soy... digo, es mi abuelo — contestó al fin Luisito, y restregándose los ojos salió. El fresco de la calle despejóle un poco la cabeza. Estaba lloviendo, y su primera idea fué para considerar que se le iba á poner la ropa perdida. *Canelo*, á todas estas, había matado el tiempo en la Carrera de San Jerónimo, calle arriba, calle abajo, viendo las *muchachas* bonitas que pasaban, algunas en coche, con sus collares de lujo; y cuando Luis salió del Congreso, ya estaba de vuelta de su correría, esperando al amigo. Unióse á éste, esperando que comprase bollos; pero el pequeño no tenía cuartos, y aunque los tuviera, no estaba él de humor para comistras después de las cosas que había visto y con el gran trastorno que en todo su cuerpo le quedara.

¿Y la carta?... ¿qué decía la carta? Con trémula mano abrióla Villaamil (mientras doña Pura se llevaba adentro al chiquillo para mu- darle la ropa), y al leerla se le cayeron las alas del corazón. Era una de esas cartas de estampilla, como las que á centenares se escriben dia-

riamente en el Congreso y en los Ministerios. Mucha fórmula de cortesía, mucho trasteo de promesas vagas sin afirmar ni negar nada. Cuando su mujer acudió á enterarse, Villaamil ofrecía un aspecto trágico, mostrando la epístola abierta, arrojada sobre la mesa.

—¡Ya!—dijola *Miau*, después de leerla;— las pamplinas de siempre. Pero no te apures, hombre. Vete mañana á verle, y...

— Cuando te digo (con atroz desaliento) que entre unos y otros me están jorobando...

Pasó la noche sumido en negra tristeza, y á la mañana inmediata, cambio completo de decoración. En la afanosa vida del pretendiente ocurren estos rudos contrastes que les hacen pasar del desconsuelo á la esperanza. Recibió Villaamil una esquila del prohombre citándole para su casa, de doce á una. Con la prisa y el anhelo que le entró á mi hombre, no acertaba á ponerse el gabán. «Me llamará para decirme alguna tontería—pensaba, arrimándose siempre á lo peor.—Vamos, vamos allá». Y salió, dejando á su mujer excitadísima con la ilusión de un próximo triunfo. Por el camino procuraba compenetrarse bien de su fatalismo pesimista. Según su teoría, siempre sucede lo contrario de lo que uno piensa. Véase por qué no nos sacamos nunca la lotería; bien claro está: porque compra uno el billete con el intento firme de que le ha de caer el premio gordo. Lo previsto

no ocurre jamás, sobre todo en España, pues por histórica ley, los españoles viven al día, sorprendidos de los sucesos y sin ningún dominio sobre ellos. Conforme á esta teoría del fracaso de toda previsión, ¿qué debe hacerse para que suceda una cosa? Prever la contraria, compenetrarse bien de la idea opuesta á su realización. ¿Y para que una cosa no pase? Figurarse que pasará, llegar á convencerse, en virtud de una sostenida obstinación espiritual, de la evidencia de aquel supuesto. Villaamil había experimentado siempre con éxito este sistema, y recordaba multitud de ejemplos demostrativos. En uno de sus viajes á Cuba, corriendo furioso temporal, se compenetró absolutamente de la idea de morir, arrancó de su espíritu toda esperanza, y el vapor hubo de salvarse. Otra vez, hallándose amenazado de una cesantía, se empapó de la persuasión de su desgracia; no pensaba más que en el fatídico *cese*; lo veía delante de sí día y noche, manifestándose con brutal laconismo. ¿Y qué sucedió? Pues sucedió que me le ascendieron.

En resumidas cuentas, al ir á casa del padre de la patria, Villaamil se impregnó bien en el convencimiento de un desastre, y pensaba así: «Como si lo viera; este señor me va á dar ahora la puntilla, diciéndome: «Amigo, lo siento mucho; el Ministro y yo no nos entendemos, y me es imposible hacer nada por usted».

Pero las palabras del aprovechado personaje fueron muy distintas, y jamás habría podido barruntar D. Ramón que el otro saliese por este registro: «Pues ayer tarde, después de escribir á usted, hablé con su yerno, el cual me manifestó que á usted le convendría más servir en provincias. Eso ya varía de especie, porque en provincias es mucho más fácil. Hoy mismo me ocuparé del asunto».

En medio de la sorpresa grata que tan expresivas razones le causaron, sintió mi hombre el disgusto de la ingerencia de Víctor en aquel negocio. Retiróse á su casa intranquilo, pues le hacía muy poca gracia ver mezcladas la persona y recomendaciones de Cadalso con las suyas. No participó doña Pura de estos recelos, y el sol de su regocijo brilló sin nubes. Cierto que les contrariaba tener que hacer el hatillo; pero no estaban en situación de escoger lo mejor, sino de apechugar con lo posible, dando gracias á Dios.

Desde aquel día, Villaamil frecuentaba la iglesia de un modo vergonzante. Al salir de casa, si las Comendadoras estaban abiertas, se colaba un rato allí, y oía misa si era hora de ello, y si no, se estaba un ratito de rodillas, tratando sin duda de armonizar su fatalismo con la idea cristiana. ¿Lo conseguiría? ¡Quién sabe! El cristianismo nos dice: *Pedid y se os dará*; nos manda que femos en Dios y esperemos de su mano

el remedio de nuestros males; pero la experiencia de una larga vida de ansiedad sugería al buen Villaamil estas ideas: *No esperes y tendrás; desconfía del éxito para que el éxito llegue*. Allá se las compondría en su conciencia. Quizás abdicaba de su diabólica teoría, volviendo al dogma consolador; tal vez se entregaba con toda la efusión de su espíritu al Dios misericordioso, poniéndose en sus manos para que le diera lo que más le convenía, la muerte ó la vida, la credencial ó el eterno *cese*, el bienestar modesto ó la miseria horrible, la paz dichosa del servidor del Estado ó la desesperación famélica del pretendiente. Quizás anticipaba su acalorada gratitud para el primer caso ó su resignación para el segundo, y se proponía aguardar con ánimo estoico el divino fallo, renunciando á la previsión de los acontecimientos, resabio pecador del orgullo del hombre.

XXX

Una tarde, ya cerca de anochecido, al volver á su casa, vió á Monserrat abierto, y allá se entró. La iglesia estaba muy oscura. Casi á tientas pudo llegar á un banco de los de la nave central y se hincó juntó á él, mirando hacia el altar, alumbrado por una sola luz. Pisadas de algún devoto que entraba ó salía y silabeo tenue